

RODERIC CAMP

LAS ÉLITES MEXICANAS

LAS ÉLITES INTELECTUALES: RETRATO MÍNIMO

TERCERA DE CINCO PARTES

TRADUCCIÓN DE GABRIELA CASTILLO ESPEJEL

LAS ÉLITES POLÍTICAS han sido las primeras responsables, antes que cualquier otro grupo mexicano, de las tendencias burocratizadoras, centralizadoras y educativas que se manifiestan en los grupos dirigentes. Lo que equivale a decir que el Estado mismo comparte la responsabilidad más importante en estos cambios. De los líderes restantes, empresarios, clero, militares e intelectuales, son éstos últimos quienes tienen más en común con los políticos mexicanos.

Resulta quizá contradictorio proponer que los intelectuales comparten muchos rasgos con los políticos, grupo al que los primeros han dirigido tradicionalmente sus críticas más acerbas. Es esencial recordar que en México, y en Latinoamérica en general, la línea divisoria entre la actividad intelectual y la actividad política no está claramente trazada y que, en realidad, en México muchas de las figuras políticas de primer orden surgieron de la comunidad intelectual. Las razones de esta fusión de papeles son históricas; sus raíces pueden encontrarse en las experiencias españolas e indígenas, y por lo demás, el virtual subdesarrollo cultural del sector privado ha obligado a los intelectuales a buscar empleo dentro del Estado, o dentro de instituciones que reciben apoyo del Estado.

En el siglo XX, buena parte de los principales intelectuales mexicanos ha trabajado al servicio del Estado. De hecho, un porcentaje ligeramente superior al 50% de estos intelectuales hizo en algún momento carrera en el sector público; la mayor parte, dentro de la burocracia nacional, preponderante también en las carreras de los políticos y fuente de la que proviene la actual dirigencia mexicana, del presidente para abajo. No es de sorprender que un número considerable de intelectuales haya encontrado empleo en la Secretaría de Relaciones Exteriores y en la de Educación Pública, incluyendo a figuras como Jaime Torres Bodet, Antonio Carrillo Flores, Agustín Yáñez y Jesús Reyes Heróles.

En el mejor de los casos resulta problemático caracterizar a los intelectuales como burocratizados porque, por definición, evocan la imagen de un comportamiento autónomo y no institucional. Pero la realidad de tener que ganarse la vida volvió críticas las estructuras institucionales para los intelectuales mexicanos, y el

control del Estado sobre dichas instituciones reduce la diversidad potencial de empleo para aquellos. Básicamente, existen tres tipos de intelectuales en México: los institucionales, que siguen una carrera dentro del Estado; los que, al menos formalmente, son independientes y que por lo general se adhieren a un grupo ideológico identificable; los que funcionan con independencia del gobierno y de cualquier grupo cultural. Este último tipo de intelectual es tan raro que casi podría excluirse de la vida cultural mexicana.

La idea de que el intelectual mexicano se formó a sí mismo, de que se ha abierto paso por esfuerzo propio y de que vive de su arte, música, literatura, etc., es un mito. Los intelectuales, como gran parte de los mexicanos, deben ejercer una profesión y su producción intelectual es secundaria. En consecuencia, sus fuentes de empleo más significativas se hallan en el gobierno, la educación superior y las casas editoriales. Pero es necesario recordar al lector que, hasta hace muy poco tiempo, las universidades, las casas editoriales y los periódicos más prestigiosos recibían apoyo directo o indirecto por parte del gobierno federal. Es posible, pues, proponer sin faltar a la verdad que el Estado sazona no sólo las oportunidades económicas de los intelectuales sino el entorno cultural e ideológico donde deben operar.

Además, el Estado domina el proceso de certificación de la vida intelectual mexicana a través de la creación de diversas instituciones culturales de primer orden y del apoyo que les brinda, como en el caso de El Colegio Nacional y el Seminario de Cultura Mexicana. De hecho, las dos terceras partes de los principales intelectuales mexicanos pertenecen a alguna de las destacadas academias culturales todas las cuales se localizan en la ciudad de México. Una quinta parte de ellos han sido presidentes de algunas de estas importantes instituciones. A partir de 1947, el gobierno ha otorgado a cada disciplina varios Premios Nacionales, que por lo general son considerados como los más prestigiosos a nivel nacional. En otras palabras, el sector privado ha representado una muy pobre competencia en el terreno cultural, ya sea bajo la forma de fundaciones con apoyo privado que den empleo a los intelectuales, ya sea a través de la educación superior, en la que los intelectuales han sido estimulados para evitar todo contacto directo con el Estado.

En el caso de los políticos, la burocratización creciente de la dirigencia ha conducido a un tipo más homogéneo de individuo. Si bien el Estado sigue siendo capital en los antecedentes profesionales de los intelectuales, desde 1988 tiende a serlo cada vez menos. Son dos las razones: primero, tras los acontecimientos de Tlatelolco los intelectuales empezaron no sólo a cuestionar el actual modelo político y económico de México sino también, como parte de su análisis, a preguntarse si deberían separarse del Estado y a manifestarse como grupo distinto de la administración de Gustavo Díaz Ordaz. Segundo, el crecimiento del sector privado, de las escuelas privadas en particular, hizo posibles algunas alternativas concretas. De tal suerte que, en las últimas dos décadas, los intelectuales tienen por vez primera la oportunidad de emplearse por su cuenta, o de trabajar para instituciones independientes del Estado. La disminución de los empleos dentro del Estado es evidente. Entre los intelectuales que nacieron antes de 1900, optaba por hacer carrera en el sector público el 80%; de los nacidos entre 1900 y 1919, el 56%; de los nacidos a partir de 1920, sólo el 27%.

Puede decirse que una de las consecuencias más sorprendentes de la reciente crisis económica de México en su dirigencia cultural es la reversión de esta tendencia. En tiempos difíciles, la producción intelectual tiene menos demanda y los mecenas privados de la comunidad cultural le dan menos apoyo. En consecuencia, es probable que las posibilidades de mayor diversidad en las carreras institucionales y en la afiliación de los intelectuales disminuyan a finales de los ochentas y principios de los noventas. Un posible efecto colateral de esta tendencia es que un número cada vez mayor de intelectuales encuentre empleo temporal en el exterior, en universidades extranjeras, o se afilie a fundaciones internacionales.

Como lo sugieren estas interpretaciones, las tendencias educativas forman parte integral del patrón por el que se rigen los servicios que los intelectuales prestan dentro y fuera del Estado. Muchos de los patrones educativos que han caracterizado a la dirigencia política mexicana pueden encontrarse en el caso de los intelectuales. Lo que resulta más sorprendente acerca de la élite cultural mexicana es su nivel de educación. No supera el 3% el número de quienes sólo cuentan con el grado de primaria, secundaria o normal en comparación con el 20% de los políticos. El 80% de los líderes intelectuales desde 1920 se ha graduado en alguna universidad. Los intelectuales difieren mucho de los políticos en su búsqueda de estudios superiores y grados universitarios. Poco más de la tercera parte de los intelectuales mexicanos, el doble de los políticos, ha realizado estudios de posgrado. Los intelectuales han seguido una trayectoria educativa que ahora está siendo imitada por las nuevas generaciones de políticos.

Tradicionalmente, los intelectuales comparten otras características con las élites políticas. Aún más que el de los políticos, es abrumador el número de intelectuales que ha realizado sus estudios en la Universidad Nacional; pero, lo que es más importante, han

estudiado en universidades privadas y extranjeras en una proporción mucho más grande. Las tendencias educativas imperantes entre los colaboradores de Carlos Salinas, que ahora son objeto de discusión en los medios de comunicación, eran ya patentes entre los intelectuales hacia principios de los años setentas. En los sesentas y setentas, el hecho de que una importante minoría de intelectuales se estuviese educando en el extranjero tendió a separarla de los políticos en términos de experiencias e ideología. Conforme aumente el número de políticos que sigue este mismo patrón en los ochentas y noventas, la brecha se irá cerrando gradualmente.

Un patrón adicional de considerable importancia entre los intelectuales es su nivel de adhesión a El Colegio de México. El Colegio de México ejerce una fuerte influencia en los intelectuales, en comparación con la Universidad Nacional, más allá de toda proporción. Aún no ha hecho sentir su efecto en los grados profesionales de la mayor parte de los intelectuales porque las generaciones recientes de graduados son todavía muy jóvenes, pero el número de quienes poseen grados superiores y, lo que es más importante, de quienes se encuentran ligados a esta institución, es significativo. Estos nexos tienen una importancia enorme por dos razones. Primera, el reclutamiento de los líderes intelectuales y el de los políticos se han entrelazado y tienen como centro de acción la Universidad Nacional, principalmente las facultades de Derecho y Economía. El Colegio de México está contribuyendo a la descentralización de una parte de ese reclutamiento, en la medida en que los intelectuales a él adheridos y con ambiciones políticas empiezan a integrarse a la vida política. En la administración de De la Madrid este fenómeno queda particularmente representado por Bernardo Sepúlveda y Manuel Camacho. Segunda, como observo en mi análisis intelectual, el enfoque metodológico y la orientación ideológica de El Colegio de México son por lo general diferentes de los que se encuentran en muchas de las disciplinas en la Universidad Nacional.

Quizá la tendencia educativa más importante entre los intelectuales sea la elección del grado universitario. Entre los políticos, la dicotomía real está entre el Derecho y la Economía, y esta división refleja simbólicamente y en términos concretos el conflicto entre los políticos tecnócratas y los políticos tradicionales. Entre los intelectuales, la división es entre Leyes y Arte y Letras. Mientras que los intelectuales de las generaciones anteriores tendían a concentrarse en el campo del Derecho, los líderes culturales más jóvenes han optado por los campos humanísticos. La elección es particularmente significativa, ya que el 80% de los que han recibido una formación en Leyes termina haciendo carrera en el gobierno. Por contraste, sólo las dos quintas partes o, cuando más, la mitad de los intelectuales que se gradúan en artes liberales siguen una carrera dentro del sector público. En consecuencia, la elección profesional determina hasta cierto punto el nivel de homogeneidad entre los intelectuales y los políticos y determina el que el intelectual pueda o no identificarse estrechamente con el Estado.

Uno de los rasgos dominantes de la vida política mexicana es el grado de centralización de las experiencias y los orígenes de los políticos. Efectivamente, algunos intelectuales han criticado estos patrones. Los orígenes y las experiencias similares en una élite sólo contribuyen a hacer más cerrado el proceso que se da en sus patrones educativos y ocupacionales. Los intelectuales no son inmunes a estos patrones. De hecho, yo sostendría que los intelectuales mexicanos están más centralizados que cualquier otro grupo de élite, incluyendo al de políticos.

En términos de sus orígenes, el número de intelectuales que proviene del Distrito Federal es dos veces mayor que el de políticos. A partir de 1920, uno de cada tres intelectuales destacados se consideraba originario de la ciudad de México. Por otra parte, más que ningún otro grupo de élite con excepción del de empresarios, los intelectuales en su mayoría nacieron en localidades urbanas, generalmente ciudades capitales. A nivel nacional, la vida cultural mexicana está centrada en la ciudad de México. El énfasis en la ciudad capital, con exclusión de todas las demás ciudades, aun ciudades como Guadalajara y Monterrey, atrae a los intelectuales a la ciudad de México. Como resultado de esto, nueve de cada diez figuras culturales importantes desde la Revolución han vivido la mayor parte de sus vidas en la ciudad de México.

Las consecuencias de residir en la ciudad capital, en perjuicio de otras regiones de la república, son significativas. La vida cultural es simbiótica. Se alimenta de sí misma. Las instituciones de apoyo se complementan unas a otras. Las principales instituciones culturales, universidades y casas editoriales se encuentran ubicadas en la capital. Los intelectuales contemporáneos, ya sea que se examine su lugar de nacimiento ya su lugar de residencia, no representan en lo absoluto a las provincias. El rasgo que más destaca en sus antecedentes intelectuales, y que los aísla de la población en general, es su origen social.

En mi anterior ensayo sobre los políticos observé que las figuras políticas recientes, incluyendo a Carlos Salinas, son hijos de políticos prominentes y que en México este patrón, combinado con las experiencias profesionales, restringe la fuente de donde pueden provenir los políticos en potencia a un grupo cada vez más limitado. Los antecedentes de clase de los intelectuales mexicanos son extremadamente claros, ya que el 84% es de clase media y alta. Una vez más, es errónea la creencia de que los intelectuales destacados provienen de la clase trabajadora y luchan por abrirse paso socialmente y alcanzar una situación mejor. Los intelectuales no sólo provienen de una clase más acomodada sino que, como los políticos, son producto de familias intelectualmente activas o están emparentadas con ellas. Prácticamente uno de cada tres intelectuales de importancia está emparentado con un intelectual de una generación anterior. Los principales disturbios sociales que alteraron este patrón en el caso de los políticos durante el periodo inmediatamente posterior a la Revolución no tuvieron mucho efecto en los intelectuales: uno de cada diez está relacionado con intelectuales de las dos generaciones anteriores.

La única nota discordante en este patrón cada vez más homogéneo es la escasa aunque importante minoría de intelectuales nacidos y parcialmente educados en el extranjero, por lo general en Europa. Esta influencia no nativa que, en el caso de los políticos mexicanos, en ocasiones se origina en uno de los progenitores, es mucho más común entre los padres de los empresarios. Por varias razones, los mexicanos de ascendencia extranjera no tienen acceso a las carreras política o militar, aunque introducen una mayor diversidad en los antecedentes y las experiencias de las élites cultural y del sector privado. En el caso de los intelectuales, su ideología se ve definitivamente afectada por semejantes diferencias. No obstante, queda por verse si los inmigrantes europeos seguirán o no llegando a México.

La burocratización, la centralización y la educación entre los intelectuales sugieren dos posibles consecuencias de importancia para el papel de las élites culturales en la próxima década. En términos de sus orígenes geográfico y social, los intelectuales pueden ser acusados de la misma estrechez y la misma homogeneidad que se atribuye a los políticos mexicanos. En su mayor parte, los intereses de la provincia no parecen estar bien representados en la producción escrita de los líderes intelectuales mexicanos. Lo que queda por ver es si sus antecedentes los vuelven menos sensibles a estos intereses. Un esfuerzo notable por descentralizar este foco de actividad intelectual fue instituido por Luis González en Michoacán, y ha sido imitado con menor éxito en otras regiones. Sin embargo, en su mayor parte, los intelectuales no han huido de la capital para realizar sus actividades en otros puntos de la república.

La última consecuencia de importancia es el grado de independencia que los intelectuales más jóvenes pueden y podrán alcanzar frente al Estado. En México, ésta resulta una tarea muy difícil. Sólo echando mano de los fondos públicos podrá disponerse de los recursos para cumplir con los objetivos que muchos intelectuales han establecido para México. El nivel y el tono de su crítica pueden incrementarse conforme aumente su independencia frente al Estado. En México, la dirigencia puede verse beneficiada con la presencia de fuentes independientes de crítica. Por otra parte, el estar en contacto con la realidad política que significa asignar recursos y destinarlos a solucionar problemas, tarea ésta de un administrador público, puede hacer de los intelectuales unos críticos más realistas y responsables.



Mijail Fedorovich Luvionov:
Telegrama a Apollinaire